

Magne, al jefe ilustre de la mayoría, y Magne fué sacrificado con gran sentimiento de Emilio Ollivier que veía la tierra faltarle bajo las plantas, y el aire irsele del pecho, si no contaba con el apoyo decidido de una mayoría compacta. Cuando, en sus tribulaciones, en sus angustias, oponía á la admisión de algunos nombres los escrúpulos del Emperador, contestábanle ciertos periódicos, ecos fieles de las Tullerías, que el jefe de la nación estaba resuelto á suscribir con la pasiva conformidad de un rey constitucional aquellos nombramientos propuestos por su primer ministro, contrastando con el cumplimiento severo de su deber toda repugnancia. Los más conocedores del Emperador y del Imperio se maravillaban de que aquel hombre, tan orgulloso, acostumbrado á convertir sus propias ideas en el vapor que movía é impulsaba la Francia; asentado en trono omnipotente, manantial de todas las gracias, centro de todos los poderes; pudiese resignarse á ser dirigido y no director, guiado y no guía, instrumento de una Cámara en vez de su dueño, rey constitucional despues de haber sido César absoluto. Y cuando, en aquella larga crisis, las pasiones personales se alteraban, los odios de partido renacían, las intrigas de los bajos imperios se reanudaban; y se volvía á todo cuanto perdiera en Francia el régimen de las Asambleas, creíase universalmente que el Emperador suscitaba adrede todas aquellas dificultades para recobrar su poder, con grave imprevision abandonado. Así le reclamaban cuenta estrecha hasta de las asechanzas de sus enemigos, y le exigían responsabilidad hasta por desgracias y por contrariedades, independientes de su voluntad, y atentatorias antes que á todo, á su poder y á su prestigio. Y sucedía esto porque el Emperador había cambiado de forma y no había cambiado de sustancia. En el fondo, la libertad concedida guardaba un interés y no una creencia. Era el fuego en que redoraba la deslustrada corona de su raza, y no la vida, y la luz, y el calor,

y el espíritu, y el pensamiento de un gran pueblo. Las libertades no pueden ejercerse sino por medio de la dignidad moral elevada á culto en una austera conciencia. Y no tiene esa dignidad moral, ese primer sentimiento, el pueblo que recibe sus libertades como un don gratuito de sus reyes. Francia sabía que para tener la libertad de veras, necesitaba conquistarla por su propio esfuerzo, y no recibirla de los caprichos y de las voluntariedades del César.

Despues de largos dias y de ruidosas intrigas el ministerio Ollivier quedó formado, ministerio misto, de los dos centros, con escasa iniciativa, sin unidad alguna de miras, forzado á la misma interinidad de los ministerios precedentes, otro gobierno provisional del Imperio en cuyas transformaciones quedaba siempre algo oscuro, algo incierto que hacia dudar de su sinceridad. Rigault, Vaillant, y Lebœuf, los tres generales del ministerio anterior, quedaban en el nuevo ministerio, grave error, puesto que eran sus rivalidades de tal género, y la enemiga entre ellos mismos tan grande, que todo lo sacrificaban, patria, ejército, Imperio, á sus mútuos rencores y á sus mútuas venganzas. Emilio Ollivier se encargó de la cartera de Justicia. La magistratura tuvo á su frente un abogado á quien penaba por faltas de respeto en no lejanos tiempos. Buffet tuvo la cartera de Hacienda y Daru la cartera de Estado, Daru que llevaba hasta los confines de la injuria al Emperador la oposición á la política exterior del Imperio, sobre todo, despues de la batalla de Sadowah. Chevandier de Valdrome, escritor más conocido por sus trabajos químicos que por sus producciones políticas, entró en el ministerio de la Gobernación. Mr. Louvet, tipo perfecto del cortesano de la fortuna, partidario de la monarquía de Luis Felipe, despues de su victoria en la revolución de Julio; partidario de la República de Lamartine despues de su victoria en la revolución de Febrero; partidario de la presidencia de Bona-

parte despues de su elección; partidario del golpe de estado despues de su éxito; asistente por largo tiempo á las Asambleas serviles del Imperio donde se movían los diputados á los caprichos del César, como se mueven las figuras mecánicas en los relojes suizos; el Imperio liberal pudo encontrarlo dispuesto á una nueva transformación prodigiosa en su larga fatigosa carrera tras el dorado carro del poder, y aprovecharlo para el departamento de Comercio. Mauricio Richard, de la antigua oposición democrática, de los nuevos imperialistas liberales, amigo íntimo de Emilio Ollivier, comensal asiduo del príncipe Napoleón, siempre adicto á la política más avanzada dentro del Imperio, entró en el departamento de Bellas Artes. Y el 2 de Enero de 1870, segundo dia del último año de la fortuna imperial, salió en la *Gaceta*, despues de larga crisis y de penosa gestación, el postrer gobierno nombrado por el postrero de los Bonapartes.

Yo lo había dicho muchas veces, yo lo había anunciado muchas veces; el Imperio se moría. Yo lo ví subir á su zenith, despues de Sadowah, cuando Austria vencida le ofreció Venecia y todos imaginaban que Prusia vencedora iba inmediatamente á ofrecerle el Rin. Pasados estos primeros momentos, recobrada la serenidad de juicio, vió el mundo con asombro que Bismark había engañado á Napoleón; y se eclipsó su estrella. El abandono de los proyectos sobre la anexión del Luxemburgo; la vergonzosa retirada de Méjico; la infame victoria de Mentana, acabaron de perderlo y de entregarlo inerme á las maldiciones de la pública conciencia. Sin embargo, los conservadores de Europa, que sólo adoran la fuerza material, y nada alcanzan de las corrientes de nuestras ideas, creían que el Emperador iba á ser eterno. En Octubre ó Noviembre de 1868, anuncié yo su caída en una inmensa reunión popular, celebrada con motivo del nombramiento de un Comité republicano para Madrid, y la anuncié en los

términos pintorescos que son necesarios para herir la fantasía de las muchedumbres: «no os cureis de Napoleón, decía, le he tomado el pulso y he visto que está muy enfermo.» El estudio de las leyes generales de la historia habíame convencido de la flaqueza interior y de la muerte próxima de ese Imperio absoluto. La sociedad, hasta en las épocas de mayor atraso, tiene grandeza tanta, vida tan variada y tan colosal espíritu, que ningún hombre, por fuerte, por inspirado, por sabio, puede en sí contenerla y por sí personificarla. Edades hubo en que los hombres alargaban de grado el cuello á la coyunda de los imperios. Y en estas edades, jamás pudo un solo hombre representar la grandeza de toda una sociedad. Así, en la vida de esos ilustres guías de los pueblos, suele haber dos épocas; una próspera, otra adversa, como en demostración de que la sociedad vive más y puede más, y vale más que todos aquellos pagados de ser sus salvadores. Gregorio VII, en la primera mitad de su vida, ve las tronos y las potestades al pie de su potestad y de su trono; mientras que en la segunda mitad de su vida se ve acosado por sus mismas víctimas, errante, como una fiera cazada por los bosques. Carlos V es en su primera edad el brillante vencedor de Pavía, y en su segunda edad el triste fugitivo de Inspruch. Felipe II, en sus mocedades, recibe un Imperio que parecía soñado, y ejerce un poder que parecía divino, y en sus postrimerías, pide limosna de puerta en puerta, como un pordiosero, y ve las naves de la oscura Inglaterra, entrando vencedoras en las aguas de Cadiz. Carlos V, decía, que la fortuna era como las mujeres, amante de los jóvenes y desdeñosa con los viejos. Esa frase encierra una gracia ingeniosísima, pero no una idea profunda. Habéis decaído, menguado, poderosos de la tierra, por empeñaros en el imposible de contener y encerrar dentro de vuestras frágiles personas ese inmenso Océano que se llama la vida de una sociedad. Lo podeis todo, lo alcanzais

todo; pero no podeis, no alcanzais el detener la renovacion eterna de la vida y el advenimiento de jóvenes generaciones con más nuevas ideas. Y estas generaciones, casi siempre nacen y se erian cumpliendo una ley fisiológica, en lucha abierta, por la inquietud propia de todas las mocedades y de todos los mozos, en lucha abierta con la generacion, bajo que han nacido y se han criado. Leyes misteriosas de la vida que desconocemos, como desconocian los antiguos las leyes de la electricidad, dirigen y gobiernan el Universo de las sociedades, donde el espíritu humano se encarna con poderosa fuerza, y vive con vitalidad incontrastable.

Así, cuando en 1868 la Asamblea Constituyente española decretaba una monarquía sin mirar con atención, ni á las dificultades morales, ni á las dificultades materiales, con que iba á tropezar aquella solución, anunciábale yo con seguridad completa, la próxima, la inminente ruina de los Bonapartes. Yo les decía: es ley de la historia moderna que cada régimen dure á lo sumo lo que dura la vida política de una generación, veinte años. Esa revolución francesa que creó como el Dios del Génesis una nueva tierra; que sobre esta tierra, del feudalismo rescatada, animó un hombre nuevo con la idea sublime del derecho; que hundió en los infiernos de la historia los colosales reyes de las pasadas edades, y se desgarró las entrañas en guerras y tormentas, cuyos torbellinos llevaban en sus giros y en sus ráfagas las semillas de las nuevas ideas sembrándolas hasta en las cimas de los viejos tronos; esa revolución ha transformado en veinte escasos años la naturaleza y el espíritu, la autoridad y el derecho, como si creara otro universo. Ese emperador que asombró á Italia; que brilló como una aparición de las edades mitológicas en las costas del Asia y del Africa, en las cimas del Thabor y de las Pirámides; que deshizo y rehizo mil veces, como si fuera un juguete de sus manos, el mapa de Europa; que abrigó bajo los pliegues

de su manto la pobre república suiza y el inmenso Imperio español; que refundió la Alemania con el mismo desenfado que la Bélgica ó la Holanda, y estuvo á punto de lanzar la Rusia como un cadáver más allá de los montes Ourales, y de sumergir la Inglaterra como desarbolada nave en los abismos del mar; obró en quince años todos estos prodigios, cuyas consecuencias no se agotarán quizá ni en quince tiempos. Y lo mismo le sucedió á la Restauración de la antigua sacra monarquía que se imaginaba poseedora de la fuerza de los tiempos y al ensayo de aliar la democracia con la tradición hecho bajo los auspicios del rey de los tenderos y de la Bolsa. Estas dos fases de la política francesa pasaron cada una en quince y diez y ocho años, porque pasaron con ellas las ideas que las avivaban y las generaciones que las sostenían. Mr. Rohuer dijo en solemne sesión pública, allá por 1867, una palabra profundísima que explicaba todas las desventuras de los Napoleones, dijo lanzando un sordo gemido y vertiendo una amarga lágrima; «ha muerto, ha desaparecido la generación que fundara el Imperio.» Y la nueva, educada en ideas opuestas al Cesarismo, no tenía más remedio que destruir al César y fundar la República. Por eso en el mes de Abril de 1869 conjuraba yo á las Cortes Constituyentes españolas á que no fundasen una monarquía cuando por todas partes resonaban los vagidos de una próxima é inmediata República.

El Emperador lo conocía, lo adivinaba y pugnaba por defenderse. Todo el mundo hubiera dicho que al formar un ministerio de conciliación volvía la edad de oro para el Imperio. Ollivier, el republicano de ayer, el irreconciliable en las Asambleas, el hijo de un proscrito era primer ministro del Imperio; y los diputados orleanistas, volviendo la espalda á su dinastía destronada y ausente, saludaban, como los cristianos á Constantino, en el César al restaurador de la libertad. La oposición de Thiers disminuía y se aumentaba la

adhesión de Guizot. La fusión de todos los antiguos elementos liberales parecía hecha, y asegurada en la dinastía de los Bonapartes la perpetuidad del Imperio. Su transformación que apareciera súbita y milagrosa era lenta y antigua. A la noche siguiente del golpe de estado asustábase ya Napoleón de lo vacío de su trono y de lo peligroso del silencio de Francia. Una inmensa sombra sobre un inmenso abismo quedaba solamente después del total naufragio de la República ahogada con el depósito de sus libertades. Llevar un rayo de luz á la cima del trono; devolver un soplo de libertad al seno de Francia, era indispensable, si no se quería morir en el frío y en la oscuridad de las tinieblas. Proscritos los hombres más ilustres; cerradas las cátedras más concurridas, muertos los periódicos más leídos; bajo llave la prensa y en el silencio volcada la tribuna; sólo se veía relucir, como la mirada fosfórica de las aves nocturnas en la negra noche, el brillo siniestro de los ojos del César reflejándose sobre las puntas de frias y homicidas bayonetas. Así vivió nueve años. Parecía imposible que en este siglo de la electricidad, del movimiento, de las máquinas, del vapor, de la prensa, el pueblo orador por excelencia, el pueblo revolucionario, el joven soldado de la libertad que enseñara el cántico de la Marsellesa á todas las naciones y que pusiera en vergonzosa fuga á todos los reyes hubiérase vuelto mudo, parálítico, miserable, canceroso, como el antiguo Job en su inmenso estercolero. Napoleón comprendía que Francia se resignaba á todo ménos á este prolongadísimo silencio. Así en 1860 apareció un decreto que autorizaba la publicación de las sesiones del Cuerpo Legislativo. Compuesto estaba de amigos y partidarios del César; la virtud de la palabra, resonando en la conciencia, llegó á despertar los ánimos y á revelarles todos los lejanos resplandores de la perdida libertad. En 1863 una oposición republicana entró en la Asamblea, y con ella parecía entrar más que una

protesta viva, una legalidad proscripta. La ciudad de París, enriquecida, transformada, puesta en el trono del mundo como la favorita del César, ornada con toda suerte de preseas, al recobrar la palabra, demostró que era una cautiva cargada de joyas pero también de dolores, y como las mujeres de Judá encerradas en los palacios de los déspotas, conservaba su inviolable fidelidad á la patria ausente, á la República decapitada. El Imperio sabía que no le era dado vencer al partido republicano, rival cuya fuerza estaba en una idea; y trataba de corromperlo y de burlarlo. Mas todo era inútil. En 1867 cuarenta y cinco diputados herían de muerte la dictadura imperial demandando las reformas democráticas. Un partido liberal se formó dentro del Imperio que en apariencia le daba fuerza y en realidad contribuía á su disolución. En 19 de Enero de 1867 una carta solemne del Emperador Napoleón reconoció y proclamó la necesidad de las reformas que equivalía á reconocer y á proclamar la descomposición del Imperio. El gobierno personal ó no quiere decir nada ó quiere decir que un hombre sólo, una persona elegida por Dios ó designada por el pueblo aventaja en fuerza, poder, inteligencia, riqueza á toda la sociedad. Y desde el punto en que Napoleón III, representante del gobierno personal, reunía en torno suyo fuerzas ajenas á su poder incommunicable, negaba su propia autoridad, negando la idea madre del Imperio. Así las reformas sucesivas, las transformaciones y los cambios, el derecho dado á todos los franceses de publicar periódicos, la tolerancia concedida á las reuniones públicas, las reformas del Parlamento, la iniciativa de los diputados, la facultad de interpelación, los ministerios de partido, sacados de las asambleas deliberantes; todo este profundísimo cambio era en último resultado tanto como entregar fragmentos de su corona, pedazos de su poder, la carne de su cuerpo, la sangre de sus venas á la insaciable voracidad de los pue-

blos. El Imperio autoritario estaba muerto y con él moría todo el Imperio; porque el Imperio liberal no pasaba de una ridícula utopía que habían ideado cuatro oradores y que iban á destruir dos ó tres sargentos.

El Imperio dictatorial renovó á París; pacificó los tratados de comercio, que dieran, á despecho de los rutinarios proteccionistas, vuelo á la industria y riqueza inmensa á la Francia; congregó las grandes exposiciones universales que parecían consagrar el reinado del trabajo y el advenimiento de la paz; pero condenado por su propia naturaleza á la esterilidad para el bien y á la fecundidad para el mal, incompatible con una sociedad madura y con un siglo progresivo, cayó desde la guerra de Italia, guerra emancipadora y santa, en la guerra de Méjico, maniobra de estafadores y de farsantes; perdiendo así la compensación de la gloria exterior que durante algún tiempo contrastara los resultados del despotismo; y sin poder curar el eclipse de las inteligencias, la corrupción de los caracteres, la idolatría de la fuerza, la decadencia

de las artes, el lujo desenfrenado de las familias, la sed inextinguible de goces materiales, la infame garrulería de la prensa oficiosa, la insolente dictadura de las legiones de cortesanos y de las legiones de mercenarios á sueldo, los crímenes de la familia de los Césares que recordaban los días más tristes del Imperio romano, la perversión universal.

La libertad, hija de Dios, no podía ser manceba de César. Así es, que mientras los cándidos doctrinarios teorizaban sobre el origen de los poderes públicos y el ejercicio de la soberanía y la organización de los parlamentos y la influencia de las democracias; el César, asustado de las corrientes de ideas y del oleaje de pasiones, en que zozobraba su trono, aperebíbase á recabar nuevamente su dictadura; y tramaba un plebiscito para sostener en torno suyo la fuerza de la plebe, y una guerra para alimentar de carne humana á sus voraces pretorianos; porque el Imperio solo podía dar de sí, no la libertad y el derecho, sino la deshonra y la muerte.

## CAPITULO X.

### EL MOVIMIENTO RELIGIOSO EN LOS PUEBLOS LATINOS.

La unidad en la variedad es ley del arte y de la ciencia; de la naturaleza y de la sociedad. Bajo el principio invariable de la unidad humana coexisten razas diversas, cuyas diferencias se extienden así á sus caracteres fisiológicos como á sus conceptos de las ideas y de las cosas. En el mundo antiguo dos razas principales tejen toda la trama de nuestra vida; los arios y los semitas. Profetas y sacerdotes los unos, héroes y legisladores los otros; inmóviles y uniformes como sus desiertos los unos, varios y multiformes los otros como las hojas de sus sagrados bosques y como las ondas de sus risueños mares; padres los unos de nuestra teología y de nuestra moral, padres los otros de nuestro derecho y de nuestras artes; preparan, separados por cordilleras infranqueables y por ódios eternos, la idea de Dios en sus templos y en sus santuarios, la idea del hombre en sus talleres, en sus agoras, en sus foros; y estas dos ideas, aislada cada cual en una raza, se buscan, se juntan, se identifican á los comienzos de la historia moderna, para componer la esencia

de nuestra civilización, de la civilización cristiana, como se juntan el oxígeno y el carbónico para componer la esencia de nuestra atmósfera.

Pueblos arios son los pueblos europeos en su mayor parte, pueblos nacidos en las selvas de la India, criados á las orillas del Ganges, que huracanes misteriosos, catástrofes desconocidas, instintos interiores, milagrosas vocaciones, el hierro de la guerra, las exigencias del comercio han dilatado luego por las riberas del Rin y por las riberas del Tíber, por las costas del mar Mediterráneo y por las costas de los mares del Norte, por el Danubio y por el Guadalquivir, allende y aquende el Pirineo, allende y aquende los Alpes, donde han dejado poblada la naturaleza de dioses paganos, varios, diversos, en oposición abierta con el dios único de los semitas, dioses, que forman un reguero de ideas en la historia tan luminoso y tan bello como el reguero de mundos formado por la Vía Láctea en la inmensidad del espacio. Y esta familia aria ha constituido en Europa cuatro familias principales